

37

LA MANSEDUMBRE

ESCUELA DE
NAZARET

SAN JOSÉ MANYANET


VISITA TRIGÉSIMA SÉPTIMA

DE LA MANSEDUMBRE

Recibido el afectuoso saludo de Desideria Jesús instruye a esta sobre la virtud de la mansedumbre.—Entusiastas palabras de Desideria.—Ventajas de la mansedumbre indicadas por María.—Prosigue José la misma materia.—Resoluciones de Desideria.

JESÚS: Otras veces te he indicado algo, cara Desideria, referente a la mansedumbre, empero quiero hoy hablarte con más detenimiento de tan hermosa virtud, que tan bien sienta en todos los hombres, que tan simpático y venerable hace al Religioso, que Yo mismo la venero y práctico, invitando además a todos indistintamente que la aprendan de Mí. Esta virtud, hermana de la paciencia, tiene la propiedad de mantener la tranquilidad del alma contra los ímpetus de la ira; inclinándola a los actos de virtud con menos dificultad y con ello refrenar la parte irascible y apaciguar el cuerpo de las inmoderadas pasiones que aquella suele levantar, a fin de que este no tome fuertes bríos contra el espíritu.

Es la mansedumbre de sí sola tan amable que rinde los corazones más irritados y duros. Compréndese su belleza e importancia con solo compararla con su contrario el vicio de la ira. ¡La ira! ¿Has visto, hija, alguna vez un hombre airado? En semejante estado de arrebató, parece que solo le queda la figura de ser humano, porque turbada la razón, que está como ciega y por consiguiente privada de ver con la claridad conveniente para inspeccionar y dirigir con la calma necesaria la parte inferior, esta usurpa el mando y señorío que corresponde á la superior, resultando de este desorden que el




hombre por entonces no se acuerde de Dios, ni de su dignidad, ni de sus más rudimentales deberes. ¡A qué condición se rebaja! ¿Puede concebirse humillación mayor ni condición tan bochornosa para el que es criado a imagen y semejanza del mismo Dios, ni presentarse objeto más desedificante, feo y desagradable a sus semejantes? A estos y aun otros mayores males conduce la ira, ó sea la falta de mansedumbre, como de ordinario son: proferir palabras incoherentes y descompuestas, gritar a manera de dementes, amenazar venganzas, irritarse, no solo con los que le rodean, sino contra sí mismo, con otros defectos que sería prolijo enumerar, motivando muchas veces tanto trastorno y males, incidentes muy ligeros o cosas de escasísima importancia.

DESIDERIA: Está visto, Jesús mío: si quiere el hombre conservar su dignidad entre sus hermanos y desea agradaros, es necesario que se esfuerce en ser manso y humilde de corazón, según el ejemplo que Vos nos dais. ¡Dichosa virtud, que regula al hombre, conserva ordenadas las potencias del alma y dispone admirablemente para alabar y servir a su Criador, no menos que para edificar al prójimo!

MARÍA: Ya que tan enamorada te veo de esta virtud, mi querida Desideria, quiero decirte otras ventajas y bienes que ella proporciona, así de alma como de cuerpo.

La mansedumbre no solo tiene la propiedad de comunicar paz y tranquilidad al que la posee, sino que transforma a este como a instrumento el más a propósito para sosegar y calmar la impaciencia y la ira de los 'prójimos, que es acto grandísimo de caridad. Porque ¿quién no se ablanda a una respuesta suave, a una afectuosa amonestación, a una demostración benigna? Si con estos ó parecidos actos se amansan y domestican los animales, ¿cómo no suavizarse el hombre dotado de razón? ¿Ves, pues, cuán beneficiosa es la mansedumbre? Por tanto, no temas, hija, ni te parezca demasiado todo el trabajo y solicitud empleado en luchar contra la inclinación de la viciada naturaleza, tan propensa a la ira y venganza,



Ya que propio es del Religioso, más aún que de los seculares, ordenar bien las pasiones, refrenar los sentidos y mantener la paz interior del alma.

JOSÉ: También yo, Desideria, voy a decirte cuatro palabras sobre esta agradable virtud, ya que por más que se la panegirice nunca será lo bastante.

Advierte que Jesús ha colocado la virtud de la mansedumbre entre las Bienaventuranzas, que es como decir: solo los mansos de corazón son los que disfrutan de aquella verdadera paz que es dable acompañe al hombre mientras vive en este valle de lágrimas, y la que le dispone con seguridad para conseguirla y disfrutarla más perfecta y duradera en el cielo.

Acerca la práctica de esta virtud quiero, Desideria, estés advertida contra el error de aquellos poco espirituales, que dicen o creen que no se ofende esta virtud sino cuando uno se excede en palabras injuriosas, en desafueros, imprecaciones, u otros parecidos defectos; pero se engañan en eso lastimosamente, porque la verdad es que afea y se opone a la virtud de la mansedumbre todo resentimiento consentido, toda palabra desabrida, todo desacato o desdenes, en fin, todo acto menos caritativo. Y si del secolar pasamos al Religioso ¿qué diremos? No hay duda que este, por razón de su estado, viene mucho más obligado a la perfección, y por consiguiente debe brillar más en él esta virtud, ya que le sería más notable cualquier defecto contra la misma. De aquí el que debe andar con mucho cuidado y vigilancia, toda vez que ni el hábito que lleva, ni el lugar santo en que afortunadamente mora, le libran del todo de los golpes de sus jurados enemigos, mundo, demonio y carne, para que descuidado deje de adornarse de aquella de las virtudes que más edifican al prójimo y mejor caracterizan su profesión. Sin embargo, a pesar de toda la astucia y malicia de tan pérfidos enemigos, con dificultad deslustrará el vicio de la ira e impaciencia al Religioso que procura conformarse en todo con la voluntad.

divina y considera además que su profesión exige completa paz y unión con sus hermanos y que no cuadran bien en discípulos de Jesús actos contrarios a los enseñados y practicados por su divino Maestro.

DESIDERIA: Resulta de lo dicho, que así como la mansedumbre semeja al hombre a la quieta e inofensiva oveja, por el contrario, la ira e impaciencia le convierten en irritado león y venenosa serpiente, haciéndole intratable con los demás y nada apto para las cosas de virtud. Libradme, amados míos, de vicio tan repugnante e infundidme el espíritu de mansedumbre para honra vuestra, bien de mi alma y edificación de mis hermanos.

